

¿Para qué sirve la poesía?

Félix Grande

EL POETA FÉLIX GRANDE RECOGE UNA DE LAS PREGUNTAS RADICALES REFERIDAS A LA POESÍA Y NOS ENTREGA UNA RESPUESTA APASIONADA.

¿Para qué sirve la poesía? A todos los poetas nos han emplazado a que respondamos a esta pregunta envenenada. Nos ponen la pregunta delante, a menudo con solidaridad, a veces con una curiosidad condescendiente, y hay ocasiones en que nos la disparan con hostilidad, como deseando que reconozcamos que la poesía no sirve para nada, y nosotros tampoco. En este último caso tenemos que dejarnos de cortesías y entrar directamente en guerra. A veces esa guerra es difícil. Cuando yo era adolescente y llegaba a mi casa cada noche con uno o dos libros que añadir a mi incipiente biblioteca, mi madre me miraba con el espanto de ver cómo su hijo se encaminaba hacia la perdición, y exclamaba, desportillada por el desconuelo: «¿Traes más libros? ¡Pero si ya tienes muchos!» Más tarde, cuando vio mi fotografía en los periódicos y mi persona ocupando algunos instantes esa residencia hipnótica que llaman televisión, mi madre presumía en el vecindario de tener un hijo aposentado en la estratosfera de la fama, y le contaba a todo el mundo que ya desde pequeño a su Felicito se le notaba que estaba destinado a empresas tan excelsas que habrían de ser el asombro del mundo...pero de puertas adentro conservaba un inalterable recelo ante oficio tan inquietante y tan poco seguro como el de ganarse la vida escribiendo miles y miles de palabras con obcecación de poseso, y argumentaba que a ella le habían contado gentes de mucha confianza que un tal Miguel de Cervantes, por obsesionarse con la escritura de novelas, dramas y

poesías, había pasado muchas necesidades, y lo habían llevado a la cárcel, y no una sola vez, y había perdido el seso hasta el punto de que se creía que los molinos de viento eran gigantes, y encima se había muerto en la pobreza. Cuando yo trataba de tranquilizarla diciéndole que nunca quedó claro si los molinos eran molinos o gigantes, que esas cosas nunca se saben, que hay muchos intereses por medio, y que Cervantes había muerto de hidropesía, mi madre, que a pesar de ser diabética no sabía qué clase de enfermedad pecaminosa era ésa de nombre tan secreto, zanjaba la cuestión secándose las manos con el mandil y comentando con rigurosa lógica: «Pues ya me contarás qué diferencia hay entre la hidropesía y la miseria... ¡Y no te burles de tu madre, que los molinos son molinos!» Mi pobrecita madre murió con casi noventa años sin aceptar que en el siglo XVII los gigantes se disfrazaban de molinos, pero eran gigantes, y de una perversidad increíble, tanta que contagiaban enfermedades espantosas, como la hidropesía y la prisión.

Los hidrónicos son criaturas que siempre están sedientas. Los poetas, al menos en la adolescencia, también nos morimos de sed. Por ejemplo, de sed de amor. En realidad, no sólo los poetas: el que esté libre de sed de amor, que arroje la primera prosa. Pero parece claro que tal vez nunca somos más sinceros ni más respetuosos con nuestras emociones que durante la adolescencia, y tal vez ser poeta consiste en recordarle a todo el mundo que conservar sinceridad y respeto emocionales en nuestra etapa adulta es la manera más atinada que tenemos para que no carezca de majestad ni de fraternidad nuestra vida casual, brevísima y destinada al adiós y al olvido. Si esto es así, habrían resultado un acierto y una premonición aquellos poemas amorosos que escribíamos hacia los quince años. Fue entonces cuando yo redacté un maremoto de sonetos y de silvas y de romances y de octavas reales a una muchacha de mi pueblo que era, sin ninguna vacilación, la mujer más bella y más perfecta de la Tierra, infinitamente más bella y más perfecta y más acongojante y más digna de los altos suspiros de su caballero que la mismísima Dulcinea del Toboso, que hasta con Don Quijote de la Mancha hubiera yo medido la fuerza de mi brazo y toda mi certidumbre de corazón en sin igual combate si Don Quijote hubiera pretendido persuadirme de que la Encarna,

vecina de la calle de Carboneros, y ella misma carbonera sublime, no era la dama más eximia del Universo conocido, y ante cuya persona sólo cabían el respeto y el estupor. Tanto respeto y tanto estupor guiaban la entrega de mi ánimo, que le mandaba mis poemas sin firma y sin remite, ofuscado por el espanto y la felicidad de ser el rendido sirviente de la dama más dulce y más recatada de todos los confines del mundo. Aquel amor, destinado a ser el pasmo de las generaciones y a taladrar con su ímpetu la memoria de la procesión de los siglos, se convirtió en humo y en el misterioso perfume del fracaso cuando la Encarna se puso de novia con un guarnicionero, un muchacho formal y de buena familia, dejándome en el alma el conocimiento de la fatalidad y el abecedario de la pena y del infortunio. Aquella decisión de Encarna, de cuyo buen juicio y de cuya caridad espero que haya purificado en el fuego mis poemas primerizos, para el bien de mi reputación, y a cuyos hijos y nietos les deseo larga vida y muchas alegrías, me proporcionaría después la ocasión de conocer a Francisca Aguirre, una chiquilla de quien me enamoré en el invierno del 57 y para quien hoy, casi medio siglo después, puedo reproducir unas palabras extraordinariamente profundas del escultor Manolo Hugué; son éstas: «A mí, con mi mujer, me ha ocurrido una cosa muy curiosa: empecé enamorándome de ella y he acabado queriéndola de verdad.» Quien sepa resumir el amor con más conocimiento, que levante la mano.

Con la poesía nos ocurre lo mismo. Empezamos pidiéndole socorro para encauzar la turbulencia de nuestras emociones y acabamos, sencillamente, necesiéndola para vivir. Empezamos reclamando la presencia de las palabras para que nos defiendan de la desmesura de nuestra incompetencia ante los secretos y las evidencias del mundo, y acabamos comprendiendo que si nos desampalabrásemos nos quedaríamos tiritando en una desnudez infernal. Y es que durante mucho tiempo, y algunos durante el transcurso entero de la vida, nos comportamos con una distracción asombrosa: navegamos en el océano de los tiempos y en medio de las borrascas de la Historia sin darnos cuenta de que si nos quedásemos sin nuestra embarcación, es decir, sin palabras, caeríamos en una soledad descomunal, en un naufragio pavoroso. Cuando nos damos cuenta de que somos seres humanos porque